

Véanse, pues, los caracteres capitales de aquella civilización y sus relaciones con lo que podíamos llamar el lado femenino de nuestro universo.

En cuanto á la religión, bien puede llamársela un culto material consagrado al cielo visible. Pocos dogmas, ninguna metafísica; pero una devoción grande á los doce meses del año que dividen el tiempo, y á los doce signos del zodíaco que dividen el espacio. Si en la religión de los vedas existía un culto á la luz primitiva, etérea, casi espiritual, en la religión de los caldeos existe otro culto á la luz también, pero concentrada en grandes astros. No debe maravillarnos, pues, que haya en su liturgia una docena de primeros dioses, como hay en el año una docena de meses, y hay en el zodíaco una docena de signos. Cada dios tiene su compañera en Caldea. Astarte llámase la primera entre sus diosas y tiene dos templos, uno en Nínive, otro en Arbelas. A esta personificación femenina de lo celestial y de lo divino se le dan ó prestan varios nombres en una letanía sin término. Ya se la llama señora del mundo orgánico, ya soberana de las ondas, ya reina de los combates, ya espíritu del planeta Venus, ya depositaria de los gérmenes que producen el mundo, ya estrella del río Tigris, ya como árbitra de los infiernos. Seméjase mucho á la Hecate griega, y aun puede asegurarse con razón que tal diosa de las sombras proviene del pueblo de la luz. Sus fases concuerdan con las fases del astro de la noche. Por ende lleva tres nombres, como su creciente, su menguante y su plenitud. De aquí sus caracteres contradictorios, pues unas veces brilla

con su lanza guerrera en las manos como si fulminara desde las alturas orientales y tras las nubes tonantes los rayos del cielo, mientras otras veces brilla como la diosa del hogar, con tierno niño sentado en sus rodillas y la blanca paloma batiendo las dos flexibles alas sobre su frente. Así puede asegurarse que todas estas hembras alzadas á lo divino representan las evoluciones perpetuas de la parte femenina del universo, hasta llegar á su completo desarrollo. Pero, machos ó hembras, los dioses asirios personificaban de suyo fuerzas de la naturaleza. Cuando el sol amortiguaba su calor y sus rayos en el invierno, desapareciendo pronto así del cielo como de los humanos ojos, creíanlo afeminado y le daban un nombre femenino. No tenían las diosas aquel poder y aquella divinización que les reservaba la teogonía india en su trimurti, pero venían á ser personificaciones varias de los elementos múltiples que hay en la naturaleza.

Lo que más caracteriza el lado femenino tramundano es la existencia de genios diabólicos hembras, desconocidos en nuestra teología. Sabido es que nosotros figuramos, así en los espacios fantásticos de la imaginación como en los históricos del arte, varón, macho, al diablo. Sucede con los ángeles malos exactamente lo mismo que sucede con los ángeles buenos. Hay serafines en el empíreo católico, no hay serafinas. Hay querubines en el mismo empíreo, no hay querubinas. Hay diablos en el infierno, pero no hay diablitas. Jocosamente podemos aplicar este nombre á las mujeres, no tanto malas como listas, y alegres, y retozonas, pero

no podemos trasladarlo á la liturgia religiosa. No sucede lo mismo en la liturgia caldea. El diablo mujer existe y se llama Lilitha. Su nombre y su poder alcanzan tanto influjo que trascienden á la literatura rabínica. En las profecías múltiples contra Edón siempre aparece tal diablo hembra. Llévalo también á su poesía religiosa el pueblo árabe. Cuéntase de semejante monstruo que devora con crueldad á sus hijos. Enemiga de los recién nacidos, porque pueden acrecentar las fuerzas del bien y convertirse hasta en ángeles del éter, deslízase taimada en los tálamos de las recién paridas y acaba por traición ¡cruel! con sus pequeños. Inmundas estas mujeres del infierno, llenan de inmundicias la vida, y al contacto de sus besos y al calor de sus entrañas brotan demonios lascivos, los cuales van sembrando lujurias por todas partes. Bien es cierto que las regiones infernales hállanse gobernadas en la teogonía caldea por un matrimonio verdaderamente diabólico. Este matrimonio se compone de Nergal, dios de la guerra, y de Istar, á quien muchos creen Artaste misma y á quien otros creen hermana de esta diosa. El matrimonio guerrero debe residir en una fortaleza, y una fortaleza es el infierno caldeo. Para que se vea toda la inmanencia de un pensamiento en la historia, precisa decir ó recordar que Dante figuró también como una fortaleza en la Edad Media el infierno. Las cábalas y astrologías dan á los números un grande influjo en la vida. Y á su vez las religiones astronómicas, necesitadas de contar y de contar muchísimo, elevan la numeración á una especie de dogma. Siete

resultan las esferas planetarias; pues siete resultan á su vez los muros que cercan el infierno, tanto en la poesía caldea como en la poesía dantesca. Se cae, como caen los gusanos de los árboles, en el mundo de las tinieblas. Nadie vuelve de allí. Istar, la hija de Siva, dirige los seres condenados al fondo de los abismos eternos. En su casa, toda ella oscuridad y duelo, á la cual conducen caminos horribles que no pueden desandarse, ¡ay! se llega con vista. Pero al penetrar sucede la ceguera increíble al resplandor. En cuanto llegan los seres condenados al infierno, brótanle alas parecidas á las alas del murciélago. La cólera se apodera de sus hígados, y llanto de desesperación graniza en su rostro demudado. El descenso de Istar á los infiernos explica en la teogonía caldea los orígenes del mal sobre la tierra. Así el principio femenino lo domina todo, penetrando desde la cuna del cielo hasta los más hondos abismos del infierno. He aquí, pues, la influencia natural ejercida por la mujer hasta en aquellos pueblos de carácter guerrero y de organización militar, que daban de sí grandes y formidables imperios. La casta, la poligamia, el harén, todo cuanto disminuye la influencia del bello sexo, no bastó, ni en el seno de Caldea siquiera, ni en el seno de los pueblos afines, á extinguir la suave luz que difunde y el vivificante calor que presta de suyo á todos los seres el eterno ideal femenino.

En el Asia no existían solamente los imperios que acabamos de mentar; existían también otros, los cuales han determinado el movimiento de la civilización universal, y como han determinado el

movimiento de la civilización universal, merecen, por nuestra parte, un estudio profundo, si hemos con algún empeño de averiguar las condiciones por donde pasara el estado social del sexo hermoso en la humana historia. El Éufrates y el Tigris, juntos en ciertas edades geológicas á su desembocadura y en otras edades geológicas separados, desaguan en el golfo Pérsico, y por las riberas del golfo Pérsico, cual por las riberas del Ganges y del Indo, extiéndose una parte de nuestra raza madre, una parte de los antiguos arios. Concentradas estas tribus, poco después del diluvio, en la meseta central del Asia, hoy todavía incentivo á tantas competencias, cuna de pueblos conocida con el nombre de Bactriana, debían bajar pronto, merced al impulso inconsciente que llevan las emigraciones de los montes á los valles y las extiende por las dos riberas de los ríos hacia su desagüe y desembocadura, en pos y busca del inmenso mar. Aunque una parte de tan gran familia debía descender al río Indo y otra parte al golfo Pérsico, por lo cual tomaron pronto sendos dialectos apropiados al medio en que habían de vivir y al fin que debían realizar, una lengua común antigua muestra la identidad consustancial de sus dos almas. Y en esta lengua llamábanse todos arios, que tanto quiere decir como noble y venerable, nobleza nativa en ellos, veneración impuesta por su virtud y por su genio á todos los demás. Y no puede negarse que tal nombre, más ó menos alterado por la pronunciación, sus raíces han ido, llevadas por la emigración de nuestros padres, desde bactrias ó

arias á los golfos Indio y Pérsico; desde tales golfos á los archipiélagos helenos é itálicos; y desde tales archipiélagos á la Esclavonia por un lado, á la Germania por otro, á las islas de los mares del Norte nuestro europeo, donde aun hallamos coronada de agudas espigas y lanzando ayes á los cuatro vientos la triste Irlanda conocida con el nombre prestigiosísimo de Erin. El oro, buscado instintivamente por Alejandro en sus maravillosas correrías, dividió las dos porciones de tan excelsa familia histórica. En el Oriente de la Braetriana campearon los ario-iranos que debían poblar Persia é India, mientras al Occidente los ario-juvenos ó jóvenes, que debían poblar nuestra Europa. El javan de la *Biblia* y el jonio de la Grecia pertenecen ambos á esta privilegiada madre raza, delante de la cual debemos nosotros postrarnos de hinojos como se prosterna el nietezuelo delante de su vieja y venerable abuela.

Dividido su territorio en dos vertientes, separábanlo de los escitas del Norte inmensas soledades completamente llanas, y de los medas y de los caldeos al Occidente los desiertos de Carmania que parecían Océanos inacabables. País quebradísimo de suyo presentaba climas opuestos, y en los climas opuestos espacio y medios suficientes á que todas las grandes aptitudes se desarrollaran y todos los fines humanos se cumplieran en su apropiado escenario. El monte ceñido de nieves eternas y el valle fecundo en provechosísimas faunas y flores; los ríos, corriendo entre bosques de sabrosos frutales y guirnaldas de olientes espontáneos

ramilletes junto á estepas frías y á selvas inextricables; el sol de la zona tórrida con sus ardores insufribles y el viento boreal de los polos con sus niveos huracanes; el témpano de hielo en ciertas alturas, y no lejos el almendro, el plátano, la higuera con sus azucaradas frutas, el desierto por doquier, y en ese desierto los oasis ricos de ganados; todos estos contrastes por tal manera educaban y disciplinaban las razas obligadas á soportarlos y sufrirlos, que habían de tener por fuerza todas ellas, desde su nacimiento, un carácter intelectual sintético y una incontrastable aptitud perpetua para conformarse con todos los climas y recorrer y habitar todo el planeta. De tal condición la facilidad con que los arios han penetrado en selvas primitivas como las selvas de India y en desiertos desolados como los desiertos de Caldea; su aparición en esos paraísos llamados islas mediterráneas, y en esos infiernos de hielo llamados estepas rasas; sus distribuciones por orillas tan oscuras como las orillas del Támesis y por orillas tan luminosas como las orillas del Po y del Tesino; la increíble aptitud para quedarse arraigados entre los témpanos del Báltico cual entre los aromas del Tirreno, y la cultura que han extendido por todo el orbe y de la cual podrá con justos motivos la humanidad envanecerse hasta la consumación de los tiempos. Y ya levante las pagodas que se miran en las aguas del Ganjes ó los minaretes que saludan la rosa y el ruiseñor en Teheran, ya talle la estatua griega bajo el cielo de Ática ó se tienda en la carreta escita para llevar por doquier la guerra, siempre hay allá en

el fondo de su conciencia una serie de pensamientos y en el fondo de su vida otra serie de costumbres, destinadas las dos, innegables, á probar, tanto la unidad espiritual, cuanto la unidad filosófica de raza tan excelsa y tan idéntica en medio de sus diferencias por el carácter y por la historia.

Nosotros debemos limitarnos á verla, ó, mejor dicho, á ver las condiciones de su mujer en Persia, Media y Siria; pero dada su formidable unidad, no haríamos nada sin recordar lo que nos parece fundamental en toda ella y á todas sus familias ó ramas extendido y común. A la gran ciencia contemporánea, conocida con el nombre de filología comparada, y que debe de sus descubrimientos envanecerse, como la geología, como la paleontología, como la fisiología, como la anatomía comparada, como tantas otras nuevas, debemos el conocimiento de las ideas capitales y aun de las instituciones primitivas que señalan la feliz aparición de los arios en el mundo. Aun estaban las dos familias en su común patria cuando tenían, según las palabras de sus lenguas, desde propiedad hasta familia. En las tierras jaféticas, regadas por el Oxo, habían reunido los tres animales domésticos más propios para proveer á la humana civilización: el perro, que facilita la caza; el buey, que facilita la siembra, y el caballo, que facilita los viajes. Y no sólo poseían estos animales domésticos tres mil años antes de Cristo, sino los grandes instrumentos de trabajo, como el hacha, y trabajos tan importantes como la elaboración del oro. También poseían joyas más ó menos groseras y vasos más ó menos bien dispuestos. No

eran los arios por aquel entonces, en sus primitivas apariencias, guerreros errantes y nómadas, como los árabes y los escitas, acostumbrados al camello, y al carro, y á la tienda; poseían el hogar, la casa fija que, según Pictet, se llamaba en sanscrito con el nombre de *dama*, y con los nombres de *domos* y de *domus* en griego y en latín. Por todas estas razones, concluidas de su lengua, bien podemos decir que las razas arias aventajaron á todas las razas terrestres en aptitudes fundamentales para la civilización y para la humana cultura.

No podían faltar entre gentes tan privilegiadas ni la familia, ni la sociedad, que se corresponden y se completan. Pueblos de tal superioridad habían por fuerza, en sus mismos comienzos, de ser pueblos monógamos ó de única esposa. El matrimonio proviene tan sólo de la inclinación espontánea y mutua entre los amantes. Una vez convenido, la sociedad lo consagra, ó bien por medio de sus instituciones civiles, ó bien por medio de sus instituciones religiosas. Simbolízalo el cruzamiento de ambas diestras, la diestra del novio con la diestra de la novia. Toma de manos se llaman las nupcias. El esposo coge la mano derecha de la esposa y pronuncia, cogiéndola, ciertas fórmulas sagradas. Montado el padre de la novia en carreta tirada por dos bueyes blancos, ofrece aquella vaca litúrgica en los tiempos antiguos adscrita solamente al festín de la boda, y más tarde guardada para servicio del matrimonio en los hogares. *Godana* se llamó á la dote allá en sanscrito, y *godana* significa, ó quiere decir, dón de una vaca.

Todas las ceremonias empleadas por el *pater familias* romano provienen de sus abuelos ilustres los arios. El marido abre los cabellos, ó hace la raya en la cabeza de su esposa con flecha ó lanza, y al atravesar el umbral ó limen del común techo, le presenta el agua y el fuego. Ya dentro, su condición se diferencia mucho de la condición deplorable que sufren las otras mujeres orientales en el recatado pero triste harén. Esposa única, madre de la familia, reina del hogar, oráculo de los dioses lares, obtiene todo el culto que merece, quien perpetúa con su amor las gentes y las inicia con sus soberanas instituciones en la educación. El ario diviniza siempre la mujer y el matrimonio. La grande autoridad marital, como á su vez la paterna, está dirigida, mejor dicho, suavizada por el amor. Así el nacimiento de un niño, que da regocijo y acrecienta la felicidad y aleja el dolor, merece á la inspiración aria estrofas y más estrofas en los himnos sacros. No distingue, no, pueblo tan sabio entre los regocijos causados por el nacimiento de niño y los regocijos causados por el nacimiento de niña. Los dos merecen sus religiosos saludos. Y el sentimiento de familia penetra con tan grande intimidad en toda la tribu y trasciende tanto á todos sus individuos, que los hermanos alcanzan dulces nombres en la dulcísima lengua. Hermanar quiere decir tanto como sostener, tanto como amistar, tanto como prestarse unos á otros los venidos á una de la misma raíz auxilios y consuelos. Las funciones domésticas están admirablemente designadas en la hermosa lengua. El niño purifica la casa, la niña

cela el ganado, el padre con su nombre de protector representa la grande autoridad suprema, y la madre, santa piedra del hogar, equivale á creadora en todas las acepciones de su nombre. Desenvolviéndose la familia forma la tribu, que tendrá mucho parecido en pueblos tan distantes como el Irán, la India, la Escocia, la Servia, pueblos análogos por su fundamental origen ario. Así como á la cabeza de una familia se halla el padre, á la cabeza de una tribu se halla el patriarca. Y el padre y el patriarca ejercen la suprema grande autoridad. Mas no la ejercen en absoluto, sino que tienen alrededor de ellos un consejo compuesto de ancianos que deben presidir todos familia y ejercitarse con tiempo en ella para subir luego á superior autoridad y á supremas funciones. Así del padre se derivaba el Estado, mientras de la familia se derivaba la tribu y de la tribu se derivaba la sociedad.

Dividiéronse los arios en indios é iraníos. Los indios se dirigieron á las orillas del río que lleva su nombre, y los iraníos se dirigieron á la Persia y á la Media. Otra importantísima emigración se verificaba también, coincidiendo con estas emigraciones puramente orientales, aquella que debía extenderse por el Occidente, ó sea por las regiones de nuestra Europa. Estas tres grandes ramas de la familia indo-europea, la rama del Indo, la rama del Irán, la rama del Occidente, no tenían más que una sola raíz, y es, á saber, la raíz puramente aria. Al separarse ambos hermanos hállanse á una en el paso desde la vida pastoril á la vida superior agrí-

cola. El pastoreo se compadece perfectamente con los pueblos nómadas, mientras exige cierta fijeza en sus fundamentos y cierta organización en sus fuerzas una sociedad que ha de relacionarse con la tierra y ha de cultivarla. Y si los arios se han dividido en indios é iraníos, los iraníos divídense, á su vez, en medas y persas. Entre iraníos é indios levantóse una gran cordillera, y esta cordillera los apartó por tal modo, que ideas y palabras desarrolláronse aparte y tuvieron caracteres diversos. Los iraníos diversificáronse por su parte, yéndose los unos á Persia, yéndose los otros á Media. Con sólo ver un gran mapa del Oriente y pararse ante la vasta región conocida con el nombre de Irán, ven-se las causas materiales que producen esta distinción entre Persia y Media. Dificiles sus relaciones, diverso su clima, apartados por grandes y temerosos desiertos, debían constituir dos estados, y estos dos estados distintos adoptar la forma propia del Oriente, la forma de grandes y colosales imperios.

Todos los movimientos orientales, todos, sin excepción alguna, se determinan por una idea religiosa. Los arios, ya en las mesetas centrales del Asia, durante su primer aparición, habían llegado á la religión del vedismo, que mantenían á una con verdadero amor, y de cuya religión hemos tratado al tratar del bello sexo en las orientales Indias. Asaltado el vedismo por una revolución religiosa, por la reforma y por la revolución religiosa de Zoroastro, debieron contrastarla y combatirla mientras imaginaron posible su vencimiento, y al desesperar de semejante logro, tomaron el camino de la emigra-

ción. Por su parte, los creyentes en el gran revolucionario y reformador sintieronse también dispuestos á separar su doctrina de todo contacto herético, y emigraron después de haber peleado con el ardor y el entusiasmo propios de tan guerreras tribus. Cinco mil años antes de Cristo apareció Zoroastro. De raza real, oriundo indudablemente del territorio conocido con el nombre de Bactriana, la capital Bactra, cuyo circuito de ruinas ocupa un espacio de seis leguas, sirvióle de teatro á sus dramas religiosos, de campo á sus empresas, de tornavoz á su palabra, de semillero á su doctrina. Los demonios le acecharon desde los infiernos, y aun tomando en la tierra todas las formas posibles para desconcertarlo y perderlo; pero él, embobado en su idea como todos los solitarios del Oriente, les opuso la meditación, la penitencia, la soledad, el ayuno, y logró, de rodillas sobre aquellas montañas, donde resplandecían y fulguraban las grandes revelaciones, la visita de un espíritu misterioso y propio para sugerirle, con dogmas nuevos, el modo de formularlos y extenderlos. Bien pronto á estos soliloquios del solitario suceden los discursos del apóstol. Bien pronto desciende con su palabra de fuego desde los montes á los valles y esclarece hasta las más supersticiosas ciudades y más decididas por la religión anterior.

Los vedas adoraban principalmente la luz etérea; Zoroastro, el fuego creador. Aquellos ponían sobre todo el alma de la inteligencia; éste ponía sobre todo el alma de la vida. El Verbo revelador bajó hasta las profundidades más íntimas de su sér, y le

reveló con toda confianza los más profundos secretos de la ciencia. Esta ciencia, derivada de tantas y tantas ideas como convergían entonces en las mesetas centrales del Asia, presentía la unidad suprema de Dios en Ormuzd, y aun á Dios le daba una esencia espiritual. Bien puede asegurarse que los comienzos del Dios espíritu elevado sobre aquel otro Dios naturaleza encuéntranse todos ellos en Ormuzd y en su luminosa doctrina. Este Dios podrá tener por cabellera la luz, por ojos los astros, por túnica los cielos, por collar la cadena de todos los organismos, por sangre la savia universal que todo lo vivifica; en lo profundo é íntimo de su sér aparece como un puro espíritu y funda en el tiempo la divina espiritualidad en que han de comulgar después á una tantos siglos. Dios se revela y se comunica por medio de la forma, indudablemente más espiritual también, por medio de su libro, de su Biblia. La fijación de los dogmas y de la moral en estos escritos ha influido tanto sobre la vida de las religiones como la fijación de los códigos sobre la vida del derecho. Todo profeta escribe un libro, y en los libros diversos fúndanse y extiéndense las diversas civilizaciones. El libro de Zoroastro es, en tal concepto, un libro verdaderamente divino.

Pero la unidad y la espiritualidad sublimes de Ormuzd no bastaban á explicar una parte de bien difícil explicación en la vida, y es la parte del mal. Encontrábase, por su desgracia, el gran espiritualista con que mientras más claro veía en el cielo al Dios cuyo fuego creador sustenta el universo, más claro veía también aquí, en nuestra baja tierra, el